

## Observaciones sobre el "Cuaderno Azul" de Ludwig Wittgenstein

Alfonso Tamayo V.\*

### RESUMEN

*En el presente artículo se analiza la primera parte del Cuaderno Azul de L. Wittgenstein, poniendo de presente su concepción de la filosofía como crítica del lenguaje y abordando el problema del significado desde una descripción de su gramática, lo que lleva a Wittgenstein a proponer su metáfora de los "juegos de lenguaje" y a desenmascarar cuatro tendencias perjudiciales para el ejercicio filosófico, todas ellas fundamentadas en el "ansia de generalidad".*

*El autor intenta mostrar la manera como Wittgenstein' aborda estos problemas, confrontándolos algunas veces con el Tractatus, para finalmente, adelantar algunas consecuencias de esta nueva forma de pensar.*

\* Universidad Javeriana

## 1. Introducción

Para la mayoría de los comentaristas de la obra de Ludwig Wittgenstein, el *Cuaderno Azul* es, junto con el *Cuaderno Marrón*, una obra menor, de transición. Por tratarse de apuntes tomados por sus estudiantes en Cambridge durante el curso de 1933-34, los cuales circularon en copias cubiertas con una pasta azul, se los reseña como un “conjunto de notas”<sup>1</sup> donde los temas son desordenados, el tratamiento superficial y con menor claridad que en su obra posterior<sup>2</sup>.

Sin embargo, una lectura detallada del texto mismo nos revela un pensamiento maduro ya respecto a los problemas, a la manera de abordarlos y a las líneas de disolución, que tienen mucho que ver con su replanteamiento de algunas tesis del *Tractatus*. El *Cuaderno Azul* recoge varios cabos sueltos de sus *Observaciones filosóficas* (1930) y de la *Gramática Filosófica* (1931) y testifica su definitivo viraje hacia una filosofía radicalmente nueva<sup>3</sup>; en él se expresa este nuevo modo de pensar y resulta por ello un material por sí mismo valioso.

El propósito de este trabajo es *resaltar* en esta obra los temas que consideramos importantes, *mostrar* la manera como L. Wittgenstein los aborda y *confrontarlos*, cuando sea posible, con su anterior manera de pensar, para finalmente adelantar algunas consecuencias de este nuevo enfoque.

Si la filosofía para L. Wittgenstein es una actividad, entonces todo lo que dé cuenta de ella debe mirarse con detenimiento. Contra la tendencia a dividir a L. Wittgenstein en el *Tractatus* y las *Investigaciones*, parece más consecuente estudiar su pensamiento como un proceso hacia una correcta visión del mundo, donde cada paso, cada hallazgo, cada estructura, cada contenido es puesto a prueba repetidamente.

En ese inmenso taller del pensamiento que fue la obra de L. Wittgenstein hay en cada escrito uno o varios elementos que serán retomados en la obra posterior. Siempre habrá un telón de fondo.

## 2. El Significado

El *Cuaderno Azul* inicia con una pregunta: ¿qué es el significado de una palabra? Pero, nos dice L. Wittgenstein, esta forma de preguntar crea confusiones, ya que fácilmente puede evocar en nosotros la búsqueda de “algo” a lo cual corresponde el significado y por esta vía llegar a sustancializarlo.

<sup>1</sup> RHEES, R.: Prefacio a *Cuaderno Azul y Marrón*, Madrid, Tecnos, 1976, p.14

<sup>2</sup> ALSTON, W.P. y otros: *Los orígenes de la Filosofía Analítica*, Madrid, Tecnos, 1976, p.152

<sup>3</sup> AYER, A.J.: *Wittgenstein*, Barcelona, Crítica, 1986, p.51

Propone cambiar esta forma común de preguntar por otra más precisa: ¿qué es una explicación de significado? Con este viraje se logra colocar la pregunta en su correcto sentido y se ubica el interés del filósofo en el análisis del lenguaje, o mejor, en la gramática profunda en cuyo seno la palabra adquiere sentido y el significado se constituye. Dos elementos cabe resaltar en este nuevo enfoque: la lucha contra una teoría ostensionista que ligaba el significado a las cosas y que aparece en la forma común de expresión y el reconocimiento de un contexto regular donde se articula la pregunta por el significado.

Hay aquí un rechazo a la teoría del significado sustentada en el *Tractatus*, según la cual el significado estaba constituido por la correspondencia o no con un estado de cosas de cuya confrontación se establecía su valor de verdad. El lenguaje no funciona así, al menos no en todos los casos. El lenguaje es concebido ahora como abierto a múltiples usos, de los cuales el ostensivo no es más que uno entre muchos.

L. Wittgenstein distingue dos clases de explicaciones o definiciones: ostensivas y verbales. Las definiciones ostensivas señalan hacia algo y determinan el significado según ese señalamiento, son ellas mismas las que determinan el significado (señalo y digo "esto es amarillo") para explicar lo que significa. Estas definiciones ostensivas, sin embargo, dependen de complejos procesos de comprensión y nunca son absolutas; toda definición ostensiva puede ser interpretada de otra manera.

Las definiciones verbales, en cambio, no se refieren a objetos sino que se construyen según un complejo contexto de convenciones determinado por el uso en un juego gramatical dado, nos llevan de una palabra a otra y en cierto sentido no nos hacen progresar.

En la definición ostensiva se debe rechazar la idea de que ella predica algo del objeto. Preguntar por el significado de una palabra nos lleva a reconocer que el signo como tal, vale decir, como mera marca en el papel o sonido en el habla, es por sí mismo muerto, "lo que da vida a los signos son esos procesos de comprensión y significación", procesos mentales definidos, vinculados con la actuación del lenguaje a través de los cuales puede funcionar<sup>4</sup>.

Esta misma idea estaba ya en el *Tractatus* aunque referida a otro orden, el orden formal: "para reconocer el símbolo en el signo debemos tener en cuenta si se usa con significado" (TPL 3.326) y "el signo determina una forma lógica sólo unido a su aplicación lógico-sintáctica" (TPL 3.327). De alguna manera, la idea de proyección elaborada en el primer libro implica un ejercicio de aplicación que ahora es analizado desde el punto de vista de la pragmática.

4. WITTGENSTEIN, Ludwig: *Los Cuadernos Azul y Marrón*. (Trad. del Inglés por Francisco Gracia Guillén), Madrid, Tecnos, 1976. En adelante se citará la Edición así: C.A. y el No. de la pág. Las Citas sobre el *Tractatus* se harán inmediatamente con la sigla TPL.

La palabra ahora, como el signo antes, no tiene por sí misma y aislada ningún poder de significación; es dentro de un complejo proceso de comprensión donde ella cobra vida.

Dos instancias es preciso poner de relieve: el contexto gramatical de la frase tiene vida como parte de un sistema de lenguaje y -la necesidad de aclarar las confusiones- se tiene la tendencia a imaginar que aquello que da vida a la frase es algo de una esfera oculta que acompaña a la frase.

L. Wittgenstein nos muestra que tanto en explicaciones de tipo ostensivo como verbal lo que entra en juego es todo un sistema de signos que significan según un uso asignado en cada lenguaje. Si en el *Tractatus* la preocupación era por las condiciones de posibilidad de un simbolismo correcto, ahora la preocupación va a ser por la manera como funciona el lenguaje, o mejor, por la manera como explicamos el significado de las palabras. Lo que importa ahora es la gramática que muestra un proceso de comprensión que nos permite describir el significado.

L. Wittgenstein se enfrenta aquí con el análisis de las expresiones comunes que superficialmente miradas nos conducen a confusiones.

Hay un viraje en el sentido en que va a trabajar sobre las expresiones llamadas mentales, para deslindar lo psicológico de lo que sería la tarea filosófica: la gramática profunda de esas expresiones.

Una primera confusión que analiza es la tentación irresistible a imaginar un hipotético mecanismo mental que, a modo de teatro, representa lo que significamos antes de decirlo. Parecería que entre la expresión con significado y la realidad existiera un mediador, la mente, donde se producen imágenes que acompañan o fundamentan el proceso de comprensión. Como si para comprender el significado tuvieramos que confrontar la palabra con una muestra o con una imagen mental. Wittgenstein disuelve este mal entendido diciendo: "para nuestros propósitos podríamos sustituir perfectamente bien cada proceso de imaginar por un proceso de mirar un objeto, o de pintar, dibujar o moldear; y cada proceso de hablar con uno mismo por procesos de hablar en voz alta o escribir"<sup>5</sup>.

Es este un primer logro: no hay "algo" llamado mente donde ocurran los pensamientos como en un doble proceso interno-externo que se correspondería con el pensar y el decir.

Con esta primera disolución de ese fantasma se logra desenmascarar la tendencia a "fetichizar" la palabra y a imaginar un medio gaseoso que intervendría en el significado. Es la lucha contra esas tendencias que nos embrujan la labor del filósofo.

---

<sup>5</sup>. Cfr. C.A., p.31

No hay dos procesos, el significado de una palabra es su uso. No quiere decir que se esté negando que en la comprensión y en el conocimiento se den procesos psicológicos y fisiológicos, sino que se está afirmando que para la explicación del significado no es necesario recurrir a ellos.

### 3. ¿Qué significa pensar?

¿Qué es, entonces, pensar? O mejor: ¿cómo explicar la actividad que llamamos pensar?. L. Wittgenstein nos dice: “pensar es operar con signos”, vale decir, es una actividad que realiza la mano cuando escribe o la boca cuando habla o cuando hablamos a nosotros mismos en silencio... no hay diferencias esenciales entre estos actos (pensar en silencio es también operar con signos, mejor, no hay pensamiento sin lenguaje).

Lo que da vida a la frase es su uso. La imagen mental al poder ser reemplazada por la frase misma pierde todo su carácter oculto y nos permite ver el error que tendíamos a cometer: “buscar el uso de un signo como si fuera un objeto que coexistiese con el signo”<sup>6</sup>.

Aprender el significado de una palabra es usarla en el lenguaje. Cuando nos enseñan como usar una palabra la definición ostensiva y la verbal cumplen ese papel: me enseñan una regla o me señalan el objeto. Comprender una frase significa comprender un lenguaje. Comprender, obedecer, tienen sus razones, me describen un camino que lleva a esas acciones que realizo cuando uso las palabras con significado. El análisis gramatical sirve para eso, gracias a él comprendo el régimen de los enunciados y establezco sus diferentes usos.

“Pensar es operar con signos”<sup>7</sup> y más que explicar qué es un signo, lo que sería caer en la generalidad, a la que va a acusar de originar confusiones, L. Wittgenstein nos propone observar ejemplos donde se vea claramente y de manera sencilla esta actividad de operar con signos. Ya en el *Tractatus* nos había dicho: “En filosofía, la cuestión con qué fin usamos propiamente tal palabra, tal proposición, lleva siempre a resultados valiosos” (TPL 6.2II). ¿Qué es un signo? O mejor: ¿cómo funcionan las palabras para significar en el lenguaje? L. Wittgenstein acuña aquí la noción de “juegos de lenguaje”

“Yo le doy a alguien la orden ‘traedme 6 manzanas de la frutería’ y voy a describir un modo de utilizar tal orden: las palabras ‘seis manzanas’ están escritas sobre un trozo de papel, se entrega el papel al frutero, el frutero compara la palabra ‘manzana’ con las etiquetas de los diferentes estantes. Encuentra que concuerda con una de las etiquetas, cuenta desde uno hasta el número escrito en la tira de

6. Cfr. CA., p.31

7. C.A., p.33

papel, y por cada número que cuenta, coge un fruto del estante y lo pone en una bolsa. Y aquí tienen ustedes un caso de uso de palabras. En el futuro llamaré su atención una y otra vez sobre lo que denominaré juegos de lenguaje. Son modos de utilizar signos, más sencillos que los modos en que usamos los signos de nuestro altamente complicado lenguaje ordinario. Juegos de lenguaje son las formas de lenguaje con que un niño comienza a hacer uso de las palabras. El estudio de los juegos de lenguaje es el estudio de las formas primitivas de lenguaje o de los lenguajes primitivos. Si queremos estudiar los problemas de la verdad y de la falsedad, del acuerdo y el desacuerdo de las proposiciones con la realidad, de la naturaleza de la aserción, la suposición y la pregunta, nos será muy provechoso considerar formas primitivas de lenguaje en las que estas formas de pensar aparecen sin el fondo perturbador de los procesos de pensamiento altamente complicados. Cuando consideramos formas de lenguaje tan sencillas, desaparece la niebla mental que parece envolver nuestro uso ordinario del lenguaje. Vemos actividades, reacciones, que son nítidas y transparentes. Por otra parte, en estos sencillos procesos reconocemos formas de lenguaje que no están separadas por un abismo de las nuestras, más complicadas. Vemos que podemos construir las formas complicadas partiendo de las primitivas mediante la adición gradual de formas nuevas”<sup>8</sup>.

Conviene detenernos aquí para resaltar:

1). Wittgenstein acude a la metáfora de los “Juegos de Lenguaje” como un recurso para explicar cómo funciona el lenguaje, o mejor, cómo se usan los signos o palabras que componen el lenguaje. Es pues la pregunta por el significado de las palabras la que ha llevado allí. Pero esto es en últimas la pregunta por la naturaleza del pensamiento, pues “pensar es operar con signos”.

Cabría aquí una distinción pertinente: en el *Tractatus* se trataba de pensar las condiciones de posibilidad de cualquier lenguaje desde la lógica simbólica, es decir, el signo está abordado desde una perspectiva formal ( $x, Fx, a, b, p, q, a, Rb$ ) y, por tanto, la operación realizada con ellos también implica el uso con sentido dentro de una sintaxis lógica que expresa su propia gramática, pero sin ningún contenido. Por eso las condiciones de significado son las condiciones de verdad que corresponda a un estado de cosas en la realidad... pero establecer las condiciones formales de verdad no nos dice nada de su aplicación práctica cuando el signo es una palabra. ¿Podríamos decir que hay dos usos de “significado”, uno en el juego formal de la lógica simbólica y otro en el lenguaje ordinario? ¿Será por eso que L. Wittgenstein nos dice que si queremos estudiar los problemas de la verdad y de la falsedad, del acuerdo o desacuerdo de las proposiciones con la realidad... nos será muy provechoso considerar las formas primitivas del lenguaje? ¿Quiere decir esto que

<sup>8</sup>. C.A., pp. 44-45

la verdad en el *Tractatus* es de naturaleza lógica y ahora en los *Cuadernos* es de naturaleza práctica? ¿Podríamos también decir que ya no interesa la verdad sino el significado y, si éste es el uso, entonces hay una clara posición pragmática? ¿O son dos tareas de diferente orden sobre las cuales cualquier analogía nos lleva a confusiones del mismo tipo que está denunciando?

2). Hay aquí también una visión restringida de “juegos de lenguaje” a lo que denomina “lenguajes primitivos” y parece estar convencido de que estas formas de lenguaje infantil o reducido muestran de manera más clara y sencilla las actividades y reacciones que suceden cuando hablamos, pensamos o, en fin, cuando usamos el lenguaje.

¿Hay un vago recuerdo de la teoría extensionista del *Tractatus* cuando nos dice que adicionando a esas formas primitivas otras formas nuevas podemos construir formas más complicadas? Pues allí las proposiciones complejas se podían reducir en el análisis a proposiciones elementales.

3) Avance importante en este texto es la noción de juego de lenguaje ampliada a las actividades y de cosas cuando recibe el papel, vale decir, comprender la orden implica actuar de determinada manera. Se revela así la dimensión práctica del lenguaje que permite a L. Wittgenstein decir que comprender un lenguaje es comprender una forma de vida. ¿Qué tan cerca está aquí de W. James, de Ch. S. Peirce y de Ramsey?

La posición adoptada, respecto a que pensar es operar con signos y que esto es fácilmente observable en los juegos primitivos de lenguaje, con lo cual se puede comprender también el complicado juego del lenguaje común, es para L. Wittgenstein una línea de investigación<sup>9</sup> que no ha sido posible por las inmensas dificultades causadas por nuestra “ansia de generalidad”.

Según esto, el *Cuaderno Azul* nos aparece como una propuesta de un proyecto de investigación acerca del significado que comienza con ubicar el problema: ¿a qué llamamos explicación de significado? Una hipótesis de trabajo: llamamos una explicación de significado a la descripción de una actividad que consiste en operar con signos. Y, además, Wittgenstein nos ofrece una disolución de las objeciones que se presentan a esta hipótesis, mostrando que son el resultado de cierto número de tendencias conectadas con algunas confusiones filosóficas que él llama “ansia de generalidad”<sup>10</sup>.

A la manera como Bacon estableció en su *Novum Organum* una serie de “ídolos” que impiden el conocimiento científico, o como Bachelard señala los “obstáculos epistemológicos”, Ludwig Wittgenstein identifica cuatro tendencias que originan problemas y confusiones en las que caen los “filósofos” y “tal vez no sólo los filósofos, al enfrentarse con el problema

<sup>9</sup>. C.A., p.45

<sup>10</sup>. C.A., p.45

de la naturaleza de los signos”<sup>11</sup>.

L. Wittgenstein denuncia estas tendencias y pretende que un análisis gramatical mostrará que son incorrectas, ya que abusan de las analogías posibles o se olvidan de la manera como se originaron. Como escribimos, hablamos y pensamos y como escribimos con la mano y hablamos con la boca, entonces imaginamos que tenemos que pensar con la cabeza sin caer en la cuenta de que aquí estamos dando a esta frase un sentido metafórico, corriendo el riesgo de sustantivizar la cabeza o la mente como fundamento del pensamiento.

Esas cuatro tendencias serían las siguientes.

#### **Primera Tendencia:**

“La tendencia a buscar algo común a todas las entidades que usualmente incluimos bajo un término general”<sup>12</sup>. Como usamos la palabra “juego” para referirnos a muchos juegos, tendemos a pensar que tiene que haber algo común, como una propiedad, que pertenezca a todos los juegos. L. Wittgenstein nos dice que lo que hay es “cierto aire de familia”, “algunos tienen la misma nariz, otros las mismas cejas, y otros el mismo modo de caminar; y estas semejanzas se superponen”<sup>13</sup>. Es que sobre la estructura del lenguaje tenemos algunas ideas “primitivas y demasiado simples” como, por ejemplo, pensar que la belleza de las cosas bellas es un ingrediente que está en las cosas así como el alcohol está en la cerveza, en el vino y en el aguardiente. Esta ansia de generalidad nos recuerda la teoría platónica del conocimiento, donde lo real es la idea y ésta un arquetipo cuya débil copia es la cosa. Pero, como se trata de denunciar una tendencia hacia la consideración de la naturaleza de los signos, lo que se evidencia aquí es una clara posición contra el “esencialismo” sostenido en el *Tractatus* (3.34I) (6.) (5.47II) Allí se nos afirmó que existe una forma general de la proposición, y se nos dió la fórmula que era la esencia del mundo. Se nos afirmó también que existían objetos simples que se expresaban por medio de nombres que a su vez formaban proposiciones elementales. Eran como las sustancias aristotélicas y se exigían para determinar el sentido. Ahora L. Wittgenstein afirma que a un término general no corresponde un nombre. Funciona de otra manera: como la expresión “aire de familia” pues “los Gómez” no es una característica de todos ellos, son muchos elementos que se entrecruzan y se asimilan.

El término general tiene su propia gramática que no puede aplicarse analógicamente sin más para convertirlo en una explicación general del mundo o para referirlo a una entidad metafísica.

La noción de “aire de familia” evoca un pluralismo que se orienta hacia el reconocimiento

<sup>11</sup>. AYER, A.J.: *op. cit.*, p.60

<sup>12</sup>. C.A., p.45

<sup>13</sup>. C.A., p.45

de múltiples contextos en los cuales la significación funciona. Sin embargo, el hecho de que de todas maneras sean “semejanzas superpuestas” evita el anarquismo y asegura cierta regularidad.

Esta tendencia se podría interpretar también como el submundo de Meinong, donde los números y los signos generales tendrían existencia <sup>14</sup>. Tesis rechazada tanto por Russel como por el mismo Wittgenstein. Son estas tendencias las que llevan a señalar la oscuridad de los enunciados metafísicos cuando dan este tipo de tratamiento a las palabras que usan en sus explicaciones.

### Segunda Tendencia:

“En nuestras formas usuales de expresión está enraizada una tendencia a pensar que la persona que ha aprendido a comprender un término general, por ejemplo el término ‘hoja’, ha entrado por ello en posesión de una especie de imagen general de una hoja, contrapuesta a las imágenes de las hojas particulares” <sup>15</sup>.

Esta tendencia, que nos recuerda la posición de Hume respecto a la idea y que Wittgenstein compara con la imagen visual o fotografía compuesta de Galton <sup>16</sup>, es, a mi modo de ver, la denuncia de otra posible deformación de la pregunta por el significado. Ya no se trata de atribuir a un “algo” como entidad o cosa, o a una esencia, el término general sino de denunciar que muchas veces nuestro lenguaje ordinario parece suponer que al significado del término lo acompaña una imagen general. L. Wittgenstein nos lo resume con claridad: “quiere decir, en pocas palabras, que consideramos las palabras como si todas ellas fueran nombres propios y así confundimos el portador del nombre con el significado del nombre” <sup>17</sup>. Si esto fuera así, entonces, al desaparecer el portador, desaparecería el significado y nunca más podríamos usarlo.

Esta afirmación se va a mantener en las *Investigaciones filosóficas* y tiene que ver con el rechazo a los llamados procesos mentales para la explicación del significado.

De ninguna manera considero que la crítica sea a la noción de imagen que utilizó en el *Tractatus* para decir que la proposición es una imagen (bild) de la realidad, pues aquí el término connota multiplicidad lógica y la figura es lógica, no psicológica.

Se refiere L. Wittgenstein también a “aprender a comprender”, con lo cual tiene que vérselas

<sup>14</sup>. Cfr. URMSON: *El análisis filosófico*, Barcelona, Ariel, 1978, p.12

<sup>15</sup>. C.A., p.45

<sup>16</sup>. Una imagen construida con las características comunes de varias imágenes proyectadas sobre un plano.

<sup>17</sup>. C.A., p.46

con el fenómeno de la comprensión que se aprende cuando puedo realizar operaciones con signos de una manera determinada. Comprender una palabra es saber su significado y ésto es lo mismo que ser capaz de operar con ella, no es ningún acto mental distinto a la operación misma. Cuando comprendemos la idea general de triángulo no es que tengamos una imagen triangular distinta de la de los triángulos particulares reales sino que yo puedo, al ser preguntado, responder que “triángulo es una superficie plan limitada por tres lados cuyos ángulos internos suman 180 grados”, pero tener una definición no es tener una imagen general de triángulo. El significado explicado aquí mediante una definición verbal no hace más que pasar de unas palabras a otras.

### Tercera Tendencia:

“Además la idea general ‘hoja’, ‘planta’ etc... está conectada con la confusión entre un estado mental significando un estado de un hipotético mecanismo mental y un estado mental en el sentido de un estado de conciencia (dolor de muelas, etc...)”<sup>18</sup>. Esta tendencia no se aclara más en el *Cuaderno Azul*, pero tiene mucho que ver con el hecho de que comprender parece hacer referencia a un proceso fantasmagórico que ocurriría como efecto de un mecanismo mental que funcionaría análogamente a como funciona la causalidad física.

Si hay un mundo físico externo donde objetos y situaciones son explicados por causas físicas, fuerzas, resistencias, energía, velocidad, entonces lo que sucede en el mundo mental, interno, también debe ser explicado por causas internas, mentales, que residen en algún lugar de nosotros y al cual solamente nosotros tenemos acceso. Pero, además, se denuncia la tendencia a tratar los enunciados acerca del cuerpo como objeto de la misma manera como tratamos los enunciados acerca de nuestro propio “yo” o acerca de nuestros estados psicológicos. La sensación de dolor, el enunciado sobre el dolor, la noción de “yo” y los enunciados que hacen referencia a experiencias sensoriales serán tratados ampliamente por L. Wittgenstein en la última parte de su *Cuaderno Azul*.

Lo que señala aquí con esta tendencia es la confusión gramatical en que se incurre cuanto metemos todos estos enunciados en un mismo saco. Expresa también la preocupación por la Filosofía de la Psicología, que desdeñó en el *Tractatus* por considerar que su trabajo era el de un lógico y éste un problema empírico... pero ahora lo retoma en lo que tiene de “filosófico”.<sup>19</sup>

### Cuarta Tendencia:

“Nuestra ansia de generalidad tiene otra fuente principal: nuestra preocupación por el método de la ciencia. Me refiero al método de reducir la explicación de los fenómenos naturales al

<sup>18</sup>. C.A., p.46

<sup>19</sup>. FERRATER MORA, J.: *Las Filosofías de Wittgenstein*, Barcelona, Oikos. Tau, 1966, p.85

menor número posible de leyes naturales primitivas; y en matemáticas, al de unificar el tratamiento de diferentes temas mediante el uso de una generalización. Los filósofos tienen constantemente ante los ojos el método de la ciencia y sienten una tentación irresistible a plantear y a contestar las preguntas del mismo modo que lo hace la ciencia. Esta tendencia es la verdadera fuente de la metafísica y lleva al filósofo a la oscuridad más completa. Quiero afirmar en este momento que nuestra tarea no puede ser nunca reducir algo a algo, o explicar algo. En realidad la filosofía es puramente descriptiva! (Piénsese en cuestiones tales como "¿hay datos sensoriales? y pregúntese: "¿qué método hay para determinarlo?, ¿la introspección"?)<sup>20</sup>.

Vale la pena considerar detenidamente la posición expresada en este cuarto punto. Recordemos el contexto: se trata de denunciar la tendencia a la generalidad cuando se trata de enfrentarnos con la naturaleza de los signos. L. Wittgenstein está proponiendo una nueva manera de explicar el significado basada en su tesis central. "Pensar es operar con signos". Pero, para profundizar en ella, precisa disolver algunas dificultades que como confusiones filosóficas han hecho carrera en la historia de la filosofía, o mejor, en el llamado "Problema del conocimiento". Estas se han señalado como 1). la tendencia a buscar una entidad que corresponda al término general (sustancialismo) que se diluye reemplazando el término por una descripción de su gramática, acuñando la noción de juego de lenguaje y reemplazando esa sustancia platónica por el término "aire de familia" que reúne manteniendo la diferencia, inventando una "necesidad" dentro de la arbitrariedad <sup>21</sup>. 2). La tendencia a pensar que los procesos de comprensión van acompañados de un fantasma o imagen mental que tiene su sede en un medio gaseoso, "la mente", "el pensamiento", y que serviría como mediador entre la frase y la realidad expresada, como si el significado fuera esa extraña conexión. A esta tendencia se la elimina sustituyendo la imagen por la frase misma y mostrando que no hay necesidad de ella, pues el significado es el uso mismo de la palabra en un sistema de lenguaje. 3). La tendencia, conectada a la anterior, que nos llevaría a confundir un hipotético mecanismo mental con estados de conciencia, lo que tiene que ver con el análisis de la gramática de los enunciados acerca del "yo" en la autoconciencia, introspección, con la posibilidad de un "yo" metafísico y con la gramática de los enunciados acerca de sensaciones y experiencias sensoriales. Dejamos para la segunda parte del análisis este punto, como también lo hace L. Wittgenstein, pero podemos adelantar que la manera de diluirlo es distinguiendo los diferentes usos de "yo" en cada uno de esos enunciados y mostrando que en ningún caso hay un uso del "yo" como referencial y ostensivo. La idea de un yo como "fantasma en una máquina" <sup>22</sup> se diluye al mostrar que no existe entidad alguna como la mente o el espíritu que, a manera de sustancia cartesiana, fundamente un mundo interior.

Ahora L. Wittgenstein señala ya no a un problema de enunciados o a confusiones gramaticales,

<sup>20</sup>. C.A., p.46

<sup>21</sup>. Cfr. : BOUVERESSE, J. *La force de la regle*, Paris, Gallimard, 1987

<sup>22</sup>. Ver *El concepto de lo mental* de G. Ryle, 1949

sino a una manera de preguntar y contestar, a un método que nos atrae irresistiblemente: el método de la ciencia natural y de las matemáticas; y es aquí donde se evidencia con mayor claridad el interés del quehacer filosófico, su "objeto", su "método", su finalidad.

Es en este punto donde se nos ilumina algo que parecía opaco en el *Tractatus* y que podemos enunciar diciendo que, por una parte, se nos dice que la filosofía no es una ciencia natural (4.III), pero, por otra parte, que lo único que podemos decir con verdad son las proposiciones de la ciencia natural, lo que se entendió como la destrucción de la filosofía y una profesión de fe en el positivismo<sup>23</sup>.

Teniendo como telón de fondo el *Tractatus* y reflexionando sobre esta cuarta tendencia que denuncia L. Wittgenstein en el *Cuaderno Azul*, podemos aclarar: la filosofía es crítica del lenguaje, ella describe la manera como el pensamiento se constituye en la actividad de operar con signos y da cuenta del significado a través de la gramática que regula las expresiones que usamos en el lenguaje. Pero no es su pretensión construir teorías o explicar las relaciones constantes entre los fenómenos de la naturaleza o de la sociedad, no busca leyes ni compete con la formalización de las matemáticas, o sea, no busca axiomas o explicaciones generales; la filosofía no se ocupa de los hechos para buscar sus leyes ni construye objetos formales para inventar sistemas de explicación generales. La pretensión del *Tractatus* acerca de la forma general de la proposición no era filosófica y más bien puede decirse que fue víctima L. Wittgenstein de esa tentación irresistible que ahora denuncia. La filosofía es puramente descriptiva, vale decir, "no son nuevos hechos lo que necesitamos, es el uso de las palabras lo que queremos conocer"<sup>24</sup>. Pongámoslo así: la filosofía es una actividad, se ocupa de la naturaleza del pensamiento, pero éste es un operar con signos y éstos se dan, como hechos, en el lenguaje... entonces, ¿para qué más hechos? Ahí están. Solamente hay que observar, describir, mirar cómo funcionan y qué condiciones cumplen cuando se usan con significado. Destruir la filosofía supondría destruir el lenguaje y con él acabar el pensamiento.

Pero, ¿qué decir del positivismo achacado al *Tractatus*? Aunque ya es lugar común señalar que no hay en el texto ninguna alusión a que el significado de una proposición sea su comprobación empírica, como lo demostró muy bien Anscombe<sup>25</sup>, a partir de lo dicho en la tendencia cuatro del *Cuaderno Azul* podemos darnos cuenta también de que el trabajo llevado a cabo en el *Tractatus* estaba orientado intencionalmente a delimitar lo que se podía decir dentro de una teoría del significado amarrada a un esquema ostensionista palabra-cosa y usando el simbolismo de la lógica matemática. Era un juego riguroso y eficaz para algunos casos como el de las ciencias y las matemáticas, pero no para todos. "El cálculo solo sirve en contados casos"<sup>26</sup>.

Cuando se trata del lenguaje ordinario, el modelo de la ciencia no nos sirve, pues "nosotros

23. Ver FERRATER MORA: "Wittgenstein o la destrucción"; y Karl Popper, citado por Anscombe en la Introducción al *Tractatus*, B.Aires, El Ateneo, 1977, p. 19

24. C.A., p.33, refiriéndose al problema del concepto "Tiempo"

25. ANSCOMBE G.M.: op.cit., p.19

26. C.A., p.54

no usamos el lenguaje conforme a reglas estrictas"<sup>27</sup>; pero tenemos ese vicio de comparar los problemas filosóficos con los de la ciencia y discutirlos a la luz de esas reglas o leyes exactas y necesarias.

Ampliando esta interpretación, podemos decir que tampoco es el interés de L. Wittgenstein, al hablar de "juegos de lenguaje", competir con los antropólogos o con los sociólogos que estudian las comunidades y sus formas de comunicación; el interés del filósofo es por el pensamiento y su naturaleza, no por la etnografía o por el trabajo de campo. Ni es igual al interés del lingüista o el profesor de semiótica que se preocupa por las estructuras gramaticales, los sistemas, la sintaxis y la semántica dentro de una teoría determinada. El filósofo no compite con Malinowski ni con Saussure, su disciplina es una actividad no una ciencia, su ejercicio es el análisis y la descripción de la actividad llamada pensamiento, su preocupación es por el significado, o mejor, por lo que llamamos explicación de significado.

Pero, recordando el *Tractatus*, podemos afirmar que la labor llevada a cabo en él, y que L. Wittgenstein consideró como un proyecto ético, se nos revela ahora con mayor claridad: si la filosofía no es una de las ciencias naturales, ni sigue el modelo de las matemáticas, entonces las teorías, leyes y sistemas sobre el pensamiento, los valores, la estética y la religión no tienen sentido, pues éstos no son hechos, ni entidades formales matematizables; su tratamiento tiene que ser otro. Por eso en el mundo no hay ningún valor y si lo hubiera no tendría ningún valor. Llevarnos a comprender esto, poner límites a lo decible, mostrar la pobreza de la ciencia para explicar los problemas de nuestra vida, es una labor eminentemente ética. El modelo de la ciencia no sirve para hacer filosofía. Entender esto es ponernos en la vía correcta, ya podemos "tirar la escalera" (TPL.6).

Según esta concepción de la filosofía, podemos pensar entonces que su progreso no se mide por la cantidad de soluciones aportadas, ni por las leyes descubiertas, ni siquiera por el cuerpo de doctrina que elabore... el progreso en filosofía consiste en mostrar la posibilidad de pensar de manera diferente a como se ha venido haciendo, y a eso nos invita L. Wittgenstein: "Nuestro lenguaje ordinario, que de todas las posibles notaciones es la que impregna toda nuestra vida, mantiene nuestra mente rígidamente en una posición, por así decirlo, y en esta posición la mente se siente a veces entumecida, deseando adoptar otras posiciones. De este modo, nosotros a veces deseamos una notación que acentúe con más fuerza una diferencia, la haga más saliente de lo que la hace el lenguaje ordinario, o bien una que utilice en un caso particular formas similares de expresión de un modo más uniforme que nuestro lenguaje ordinario. Nuestro entumecimiento mental desaparece cuando se nos muestran las notaciones que satisfacen estas necesidades"<sup>28</sup>.

**Puede encontrar la filosofía, entonces, dos grandes fuentes de trabajo: disolver las confusiones**

<sup>27</sup>. C.A., p.54

<sup>28</sup>. C.A., p.92

originadas por estas irresistibles tendencias en el uso del lenguaje ordinario y resolver la pregunta por la naturaleza del pensamiento. La una sería la labor terapéutica: asumir la perplejidad, averiguar el origen de la confusión, disolverla mediante el análisis de su gramática. La otra, a mi modo de ver, es la pregunta fundamental por el conocimiento, pregunta estrictamente filosófica, cuya respuesta es la tesis del *Cuaderno Azul*: “pensar es operar con signos”.

Podríamos observar, a raíz de esta cuarta tendencia denunciada, que L. Wittgenstein ataca la pretensión de modelar los enunciados filosóficos sobre el método de la ciencia y añade que es esta tendencia la verdadera fuente de la metafísica. No ataca “la metafísica” en general, pues ésta no es más que un término general, sino a los enunciados que pretenden preguntar y responder cuestiones filosóficas como si fueran científicas. ¿Donde encontramos esta manera de hacer metafísica? Considero que en todos aquellos filósofos que construyeron enunciados sobre la esencia del conocimiento, o sobre un mundo interno, o pretendieron elaborar un sistema filosófico como una ciencia del espíritu... pero también entre aquellos que desde el empirismo elaboraron enunciados para explicar los problemas del conocimiento en su confrontación con la experiencia, llámese sensible o introspectiva. El trabajo del filósofo es pues “destruir la semejanza externa entre una proposición metafísica y una proposición empírica y tratar de encontrar la forma de expresión que satisface cierto anhelo del metafísico no satisfecho por nuestro lenguaje natural y que, en la medida en que no es satisfecho, produce la confusión filosófica”<sup>29</sup>. Se trata de mostrar que hay una regla gramatical distinta en cada caso. L. Wittgenstein insiste en que hay que volver al caso particular, no despreciarlo, pues él es el que nos ayuda a entender el término general.

Si aplicamos a los enunciados de la metafísica la pregunta por el significado y observamos cómo funciona en el lenguaje, cómo es su uso, podemos entonces explicar cuál es su significación o si no la tiene. Pensar es operar con signos; cuando el metafísico piensa usa signos, pero la vida del signo está garantizada por el sistema de signos del lenguaje a que pertenece. ¿A qué juega el metafísico?

Con lo hecho hasta aquí algo se ha logrado, y L. Wittgenstein es conciente de ello, pero quedan por aclarar las confusiones y la posición sobre los enunciados acerca de nuestras experiencias personales, lo que ocupará las 17 últimas hojas del *Cuaderno Azul* y de cuyo análisis nos ocuparemos en otro trabajo. Terminemos diciendo con L. Wittgenstein. “...algunos de los mayores logros en filosofía sólo podrían compararse con el hecho de coger algunos libros que parecían tener que estar juntos y colocarlos sobre estantes diferentes, no siendo definitivo sobre sus posiciones más que el hecho de que ya no están uno al lado del otro. El observador que no conoce la dificultad de la tarea es fácil que piense en tal caso que no se ha conseguido nada en absoluto. En filosofía, la dificultad estriba en no decir más de lo que sabemos”<sup>30</sup>.

<sup>29</sup>. C.A., p.88

<sup>30</sup>. C.A., p.76